

CRÓNICA DE LO SUCEDIDO EN GARABANDAL. SUS PROTAGONISTAS

Sirviendo lo expuesto hasta ahora de introducción, veamos lo que sucedió en el año 1961 al suroeste de Cantabria, a casi 100 kilómetros de Santander, en un pequeño pueblo, cerca de Puentenansa. Era un domingo, 18 de junio de 1961. Los paisanos de la pequeña localidad montañesa de San Sebastián de Garabandal, ajenos al bullicio y a muchos de los adelantos de la época, no sospechaban lo que iba a ocurrir en su modestísimo pueblo perdido entre las montañas...

Según la costumbre, al anochecer, una mujeruca del pueblo recorría las callejas como lo hicieron sus antepasados y los de sus vecinos, tocando una campanilla, invitando a los moradores de la aldea a rezar por las ánimas del Purgatorio. El Rosario se rezaba todos los días en la iglesia. Las gentes, fatigadas por sus quehaceres diarios en el campo, se iban retirando a descansar pausadamente, con la tranquilidad de los lugares en donde la prisa no existe o, en el peor de los casos, puede esperar. Muchos de estos sencillos vecinos jamás habían visto el ferrocarril y el castellano que hablaban estaba impregnado de localismos y giros de la comarca, siendo esta característica significada, simpática y curiosa para los forasteros.

¡Quién diría que este pueblo remoto santanderino, por aquellos tiempos, en el cual parecía que aún no había llegado la civilización, iba a ser conocido a nivel internacional! Era tan pequeño, que no tenía ni siquiera un mal horno de pan, por lo que lo subían diariamente en caballerías (un humilde burro), enjaezadas con sus desgastados cenachos, desde la próxima localidad de Cosío. Para llegar a él desde la capital de Cantabria, en el trayecto más pintoresco, hay que dirigirse hacia Torrelavega, de allí a Cabezón de la Sal y acceder al Valle de Cabuérniga. En la localidad de Valle, dentro de un agreste paraje, nos desviamos hacia Puentenansa, pasando por la Collada de Carmona, puerto de montaña, con el pueblo que le da

nombre a sus pies, de tremenda belleza ambos y de peligrosa espectacularidad además el primero de los citados. Una vez llegados a Puentenansa, nos adentraremos en el pequeño valle de Cosío, pueblo minúsculo, como todos los de la zona, pero de cierta importancia por haber dado su nombre a linajes destacados. En esta localidad, por fin, tomaremos el camino que lleva a Garabandal, nuestro destino, a media decena de kilómetros.

Esta aldea se encuentra a 497 metros sobre el nivel del mar y tenía en 1962 no más de trescientos habitantes que vivían en sus ochenta casas, bajas y rústicas, muy pegadas las unas a las otras, como es costumbre en esta tierra. Su toponimia de Garabandal parece provenir del vocablo gáraba (aulaga), el nombre común de varios arbustos espinosos, con flores amarillas, muy característicos en la región, que crecían antaño con exuberancia en un paraje de altura, en las inmediaciones del pueblo, junto a una ermita dedicada a San Sebastián. En el actual pueblo no existen barrios o caseríos dispersos que destacar, sino que todo se encuentra en un mismo núcleo. Entre los hogares, callejas muy estrechas y empinadas en muchas ocasiones, llenas de piedras sueltas y, en época de lluvias, abundantes charcos y barro. Había dos escuelas oficiales, una de niños y otra de niñas, con no más de



Letrero que nos señala la localidad de Garabandal. Los modernos visitantes de la localidad ni siquiera pueden imaginarse el penoso camino que llegaba desde Cosío en la época de las apariciones, apenas practicable en vehículos todo terreno y caballerías. (Fotografía del autor).



La toponimia de Garabandal parece provenir del vocablo gáraba (aulaga), el nombre común de varios arbustos espinosos, con flores amarillas, muy característicos en la región, que crecen con exuberancia en parajes de altura, en las inmediaciones del pueblo. (Fotografía del autor).

veinte chicucos en cada una de ellas. La aldea carecía de teléfono, la carretera de acceso, descrita desde Cosío, estaba en pésimas condiciones, sobre todo cuando llovía o nevaba, cosa bastante común por estos lares, y la luz que llegaba a través de un rudimentario tendido eléctrico, era de muy baja potencia. Los viejos del lugar decían que se veía a veces más con la luz de los candiles que con los de aquellas modernas bombillas de entonces.

Y es que la tranquilidad que se respiraba en ese bello y recóndito paraje rural quedó alterada para siempre a raíz de los supuestos acontecimientos de orden sobrenatural que vivieron inesperadamente cuatro niñas de familias humildes.

Esa tarde, Mari Cruz González Barrido, nacida el 21 de junio de 1950, de 11 años; Conchita González González, nacida el 7 de febrero de 1949; Jacinta González González, nacida el 27 de abril de 1949, y Mari Loli Mazón González, nacida el 1 de mayo de 1949, de 12 años de edad, todas naturales de San Sebastián de Garabandal, planean robar manzanas del huerto del maestro (interesa saber que a pesar de la repetición de los apellidos, ninguna es hermana o pariente de primer grado, solamente guardan parentesco Jacinta y Conchita, que son primas segundas).

Conchita es la última de los hijos de Aniceta González, una vecina del pueblo que enviudó tempranamente. El resto de sus hermanos, tres, eran varones, Serafín, Aniceto y Miguel.

Mari Cruz González era hija de Escolástico y Pilar. En la época de las apariciones era delgaducha y morena, y llevaba el pelo muy corto.

María Dolores Mazón, conocida como Loli, es la segunda hija de Ceferino y Julia, los cuales habían concebido una familia numerosa. El padre, Ceferino, además de llevar la alcaldía del pueblo, poseía una pequeña taberna que ayudaba a la economía agrícola-ganadera de la casa.



Las cuatro niñas videntes de Garabandal. De izquierda a derecha, Mari Loli, Jacinta, Mari-Cruz, Conchita, en 1961. Todos los vecinos contemporáneos de la época de las apariciones, hablan de ellas que se trataban de chicas totalmente normales, sin ningún tipo de virtud o tara que las hiciera destacar de las demás. (Archivo video Las Apariciones de Garabandal).

Jacinta era la hija de María y de Simón, vecinos como todos los demás de Garabandal, de carácter humilde, dedicados plenamente a las tareas del campo.

Veamos aquí cómo narra Conchita, en su propio diario, los acontecimientos principales que comenzaron a mediados de junio del año 1961. Este diario le fue recomendado escribir a Conchita por el obispo de León en aquellos días. Se encontraba hospedado en casa de don Emilio del Valle, que era de Reinosa, pero que tenía empresas en León, de ahí su amistad. El

señor DelValle era un gran asistente a las apariciones de Garabandal y conocedor, por ello, de las niñas y de sus familiares.

Existen, al parecer, tres diarios: éste que vamos a referir, otro de carácter más personal y privado que solamente posee Conchita y uno más que solamente obra en poder de la Madre Nieves, una monja del colegio religioso en donde estudió posteriormente la niña.

Obsérvese la forma infantil de expresarse en el diario “oficial” que nos ocupa y al cual, repito, nos vamos a referir principalmente, junto con otros testimonios de vecinos y visitantes presentes en los acontecimientos:

“Era domingo por la tarde y nos encontrábamos todas las niñas jugando en la plaza. De repente, Mari Cruz y yo pensamos ir a coger manzanas allí [el huerto del maestro], sin decir nada a nadie que íbamos a coger manzanas. Las demás niñas, al ver que nos alejábamos las dos, nos preguntaron:

—¿A donde vais?

Nosotras les contestamos:

—¡Por ahí!

Y seguimos nuestro camino pensando cómo íbamos a apañárnoslas para cogerlas. Una vez ahí, nos pusimos a coger manzanas y cuando estábamos más entusiasmadas vimos llegar a Loli, a Jacinta y a otra cría que venían a buscarnos. Al vernos coger manzanas exclamó Jacinta:

—¡Ay, Conchita, que coges manzanas!

—¡Calla —le contesté yo—, que te oye la señora del maestro y se lo dice a mi mamá!

Yo me escondí entre las patatas y Mari Cruz echó a correr por las tierras. Entonces Loli exclamó:



Lugar de La Calleja, a la entrada de "La Huerta del Maestro". La casa que se encuentra a su lado, la antigua casa del maestro, es hoy una casona que poco tiene que ver con sus orígenes humildes. Según diversos testimonios, aún se conserva en su interior el tronco seco del manzano del cual las niñas habían tomado las manzanas sin permiso. (Fotografía del autor).

—¡No corras, Mari Cruz, que te vimos y ya se lo diremos al dueño!

Entonces Mari Cruz vuelve a donde mí y salimos de nuestro escondrijo para reunirnos todas. Estando hablando, llamaron a la cría que venía con Jacinta y Loli, y se fue. Nos quedamos las cuatro solas y, pensándolo mejor, volvimos las cuatro a coger manzanas.

Cuando estábamos más divertidas, oímos la voz del maestro, quien al ver que se movían tanto las ramas, creía que eran las abejas y le dijo a su mujer, Concesa:

—¡Vete al huerto, que andan las abejas donde está el manzano!¹.

Nosotras, al oírlo, nos entró mucha risa. Cuando ya llenamos los bolsillos, echamos a correr para comerlas más tranquilamente en el camino, o sea, en La Calleja. Estando entretenidas comiéndolas, escuchamos un fuerte ruido, como de un trueno. Y nosotras exclamamos a la vez:

—¡Uy, parece que truena!

Esto sucedió a las ocho y media de la noche. Una vez terminadas las manzanas, digo yo:

¹ En la transcripción del original del "Diario de Conchita", dice literalmente que el movimiento producido en el árbol era debido a las "abejas", mientras que otros relatos y testimonios hablan de "ovejas", cosa más lógica. De todas formas, nosotros seguiremos reproduciendo fielmente el documento de Conchita, realizando esta aclaración y las que fueran surgiendo.

—¡Qué gorda, ahora que cogimos las manzanas que no son nuestras, el Demonio estará contento, y el pobre Ángel de la Guarda estará triste!

Entonces empezamos a coger piedras y tirárselas con todas las fuerzas al lado izquierdo². Decíamos que ahí estaba el diablo. Una vez cansadas de tirar piedras y más satisfechas, empezamos a jugar a las canicas con piedras. De pronto vi un gran resplandor y se me apareció una figura muy bella, con muchos “resplendores” (sic) que no me lastimaban nada a los ojos. Las otras niñas, Jacinta, Loli y Mari Cruz, al verme en este estado, creían que me daba un ataque, porque yo decía con las manos juntas:

—¡¡Ay... ay... ay!!³

Cuando ellas ya iban a llamar a mi mamá, se quedaron en el mismo estado que yo, y exclamamos a la vez:

—¡¡Ay... el Ángel...!!

Luego hubo un cierto silencio entre las cuatro, y de repente desapareció. Al volver normales y muy asustadas, corrimos hacia la iglesia, pasando de camino por la función del baile que había en el pueblo (según testimonios consultados no existía ninguna fiesta ese día en el pueblo, por lo que Conchita puede equivocarse con otra fecha al decir esto, por ejemplo con la del “Milagruco”, que sí era fiesta en el lugar).

Entonces, una niña del pueblo que se llama Pili González nos dijo:

—¡Qué blancas y asustadas estáis! ¿De dónde venís?

Nosotras, muy avergonzadas de reconocer la verdad, dijimos:

—... De coger manzanas...

—¿Y por eso venís así?

Nosotras le contestamos todas a una:

—¡Es que hemos visto al ángel...!

Ella dijo:

—¿De verdad?

Y seguimos nuestro camino en dirección a la iglesia y, pensándolo mejor, nos fuimos detrás a llorar. Unas crías que estaban jugando, nos vieron llorar y entonces nos preguntaron:

2 Es creencia en muchos pueblos castellanos que el diablo se encuentra a la izquierda de las personas, mientras que el Ángel de la Guarda se halla a nuestra derecha; de ahí que las niñas lancen sus piedras de esta manera.

3 Como ocurrió en el caso de la confusión en las distintas versiones de los testimonios, de los términos “abejas” con “ovejas”, ya explicado anteriormente, sucede lo mismo con la exclamación de la niña Conchita a la hora de aparecersele el ser. Conchita, en su diario, habla de la exclamación “ay”, mientras que en otras versiones citan el adverbio “ahí”, para señalar a sus compañeras el lugar en donde se le estaba apareciendo el supuesto ángel.



< Doña Maximina y su hermana Aniceta, tía y madre de Conchita, bromeando frente a la puerta de casa. Muchos de los visitantes se agolpaban en las inmediaciones de la casa, esperando la salida de la niña para que hiciera cualquier tipo de declaración. (Archivo Padre García de la Riva.)

> En esta casa de Garabandal vivía Conchita en la época de las apariciones. Esta casa tiene vistas a Los Pinos y a un valle por el cual discurre un arroyo conocido como Los Molinos. Doña Maximina califica a esta casa como “la casa madre” ya que perteneció a sus antepasados y allí se crió toda la familia. Hoy en día es propiedad de un matrimonio extranjero, que la suelen mostrar a los visitantes como si de un museo de tratara. (Fotografía del autor).

<< Casa de Mari Cruz en aquellos tiempos. Esta situada a la entrada del pueblo. Si estado prácticamente de ruina se debe a que la mayor parte de la familia ha fallecido y Mari Cruz apenas vista el pueblo. (Fotografía del autor).

>> La placa indica donde tuvo lugar la primera aparición el 18 de junio del 61, en La Calleja. Al fondo se puede ver “La Huerta del Maestro”. Las niñas se encontraban sentadas de espaldas a este lugar, cuando escucharon un fuerte estallido similar a un trueno. Había comenzado la primera visión. (Fotografía del autor).

—¿Por qué lloráis?

—Es que hemos visto al ángel...

Ellas echaron a correr para decírselo a la maestra...”.

Como inciso breve a la hora de comentar las explicaciones de la niña, cabe decir que en el justo momento en el cual se arrepienten de haber robado las manzanas y deciden tirar piedras al Demonio, que ellas pensaban les había tentado y estaba muy próximo por lo tanto, dichos pensamientos no son más que, al parecer, una mera interpretación de una reciente sesión de catequesis, que les fue explicada en días anteriores por su párroco, don Valentín Marichalar. Este comentario es útil para más explicaciones que se darán a posteriori.

Podemos añadir al mismo tiempo, como nota curiosa, que también, poco antes de la primera aparición, los niños de Fátima escucharon un fuerte sonido, como de trueno, unido a un gran resplandor. Así, esto fue lo que sintieron los niños portugueses en su primer contacto:

“... de repente, una ráfaga de viento, sorprendente, bajo un cielo todo azul, nos hizo volvernos en dirección a la aldea... parecía venir sobre una viva luz un gran resplandor... se deslizaba hacia nosotros un ser de una brillante blancura...”.

Para más analogías, curiosamente en la aparición de Lourdes, en Francia, a la niña Bernadette se le apareció la supuesta imagen religiosa de igual manera:

“... Oí un rumor... vi que los árboles no se movían en absoluto... continué descalzándome... oí el mismo rumor como un golpe de viento... entonces fue cuando levanté la cabeza mirando a la gruta...”.

Hechos idénticos parecen preceder a este tipo de fenomenología en todas las épocas. Incluso circunscribiéndonos en la misma Cantabria, como en la introducción hemos podido comprobar. José Calderón Escalada recoge en su obra “Campoo” la historia de la Virgen del Abra, otro ejemplo con estas similitudes:

“... a un pastor llamado Justo Bazo, se le apareció una talla de la Virgen, perdida desde el siglo XVII, en buen estado de conservación, prácticamente un siglo después, cuando el mencionado pastor vio UNA SERIE DE EXTRAÑOS RESPLANDORES en la cumbre del monte Cuestalabra, el día de la aparición. Dicha talla fue destruida durante la Guerra Civil... de acuerdo con los regidores de los pueblos, y del pastor de merinas Justo Bazo, que halló la Virgen en lo más alto de la Cuesta del Abra, se fundó la cofradía de esta Virgen en la ermita de igual nombre. Al principio, esta construcción estuvo en lo más alto de la montaña, más tarde en el prado denominado de Domingo, a media ladera de dicha cuesta y actualmente en el sitio de Somacelada, en el termino de Villar, entre Palencia y Campoo...”.

Relatos similares vienen a su vez recogidos en la Biblia. Veamos lo que dice el capítulo II de Los Hechos: